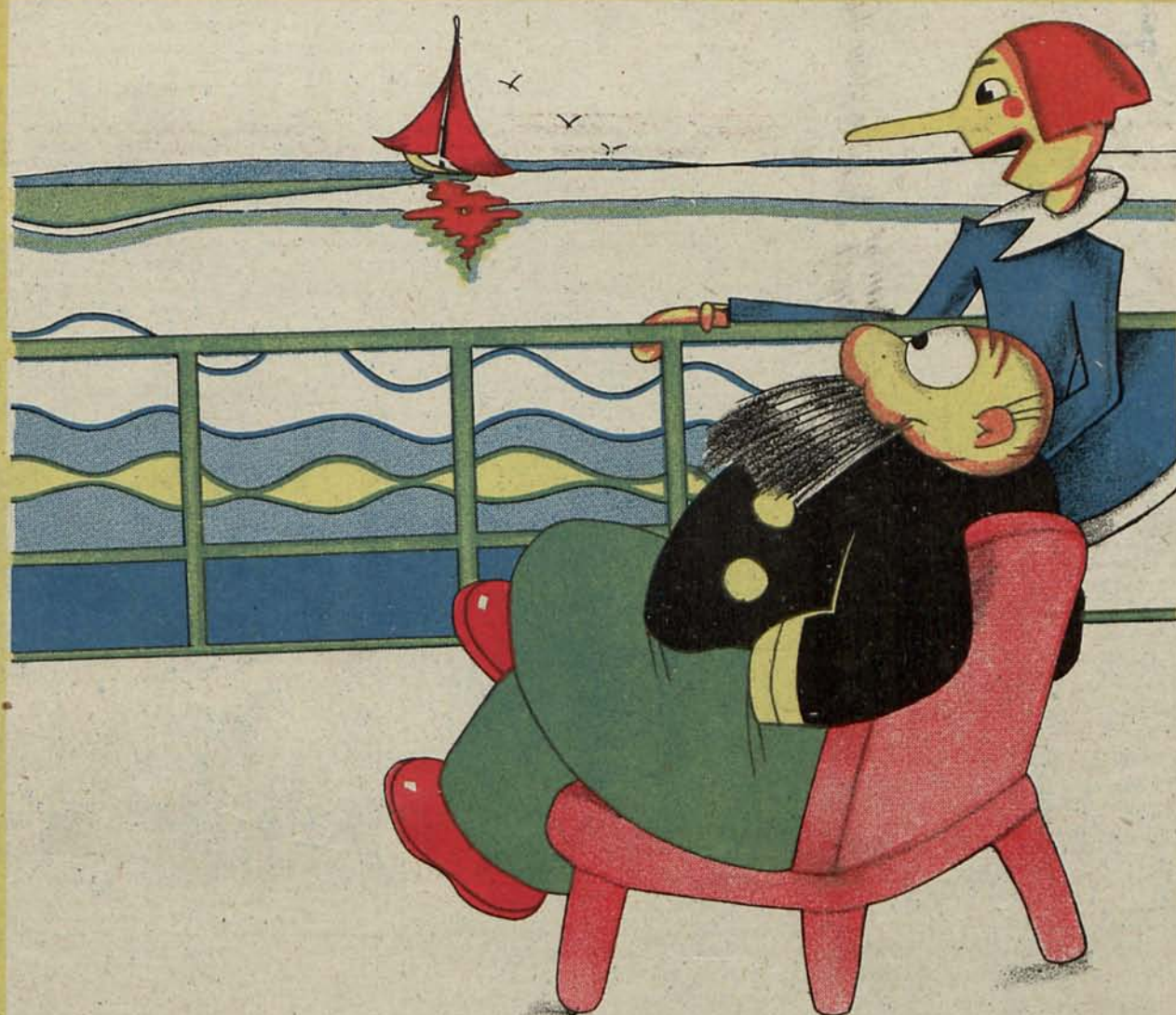


PINOCHO

AÑO. IV
NUM. 194

25 cts

4 NOVIEMBRE
1928

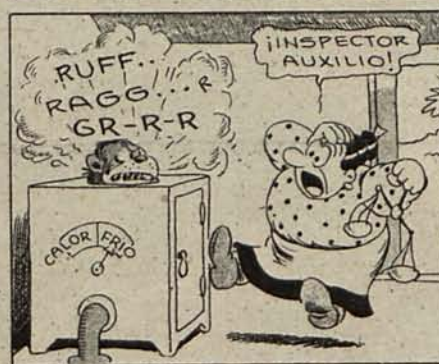


— EL MAYOR ENEMIGO QUE USTED TIENE, CAPITÁN, ES EL MALDITO VINO
— PERO YA SABES QUE DEBEMOS AMAR A NUESTROS ENEMIGOS
— AMARLOS SI, PERO NO BEBERSELOS.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVION NEGRO

NOVELA

POB

ALBERTO ORS

(Continuación.)

Y el profesor, inclinándose sobre Godunov, le sopló en el rostro estas palabras, con voz reconcentrada, pero imperativa, clara.

vándole en la cara sus fulgurantes ojos... Los ojos humanos, grandes y húmedos, del cráneo seguían mirando...

Lentamente, Godunov se puso en pie, ayudado por el sabio.

—Ahora siéntate —le dijo éste, presentándole una silla—, siéntate y hablemos.

Godunov sentóse con movimientos casi automáticos, los ojos cerrados, las manos sobre las rodillas, el busto erguido, el cuello rígido y el rostro vuelto hacia su dominador, que habíase sentado delante de él.

—Fíjate bien —dijole éste—. ¿Ves a Vera y a sus compañeros?

—No —respondió el durmiente con voz apagada.

—Mira bien a tu alrededor, cerca y lejos... mira sobre la nieve, en el bosque... ¿Ves a alguien?

Godunov guardó silencio durante algunos segundos.

—Sí, sí... veo a gente que corre sobre la nieve...

—¿A pie?

—No... a caballo...

—¿Cuántos son?

—Dos.

—Mira mejor.

—Son cuatro; dos mujeres y dos hombres.

—¿No reconoces a ninguno?

—¡Ah! Les reconozco a todos... son Vera y Shasky, Wassili y Nadia... Corren como el viento...

—¿Sabes por qué?

—Sí, por huir de mí.

—¿Escaparán a tu persecución?

—Sí —respondió Godunov muy tranquilo, como si hablase de una cosa que le fuese indiferente— se me escapan... los veo entrar en una cabaña de zingaros... en donde son bien acogidos... los esconden en un subterráneo... yo no puedo perseguirlos... tú me retienes aquí contra mi voluntad... ¡Tú eres más fuerte que yo!

—Sí; yo soy más fuerte, mucho más fuerte que tú, mucho más fuerte que todos, y tú me obedecerás hasta el fin...

Diciendo esto, el profesor pasó suavemente la yema de los dedos pulgares sobre los párpados de Godunov. Los párpados levantáronse y los ojos del oficial aparecieron fijos en los del profesor.

—Déjame cerrar los ojos —suplicó Godunov con humilde acento.

¿En dónde estaba el feroz, el despótico, el cruel Godunov, que hacía temblar con una palabra suya a los presos de la fortaleza de San Pedro y San Pablo?

—No; yo quiero que los tengas abiertos, y tú debes de obedecerme.

Godunov no chistó.

—¡Ponte de pie! —contestó el profesor—. ¿Me has entendido?

Godunov hizo una señal afirmativa.

—Cuando salgas de aquí irás adonde te aguardan tus soldados y polizontes. ¿Comprendes?

—Comprendo —replicó Godunov impasible.

—Y les dirás: Volved inmediatamente a San Petersburgo. Yo os seguiré dentro de poco.

—¡No quiero decir esto! —dijo Godunov—. Yo quiero perseguir a los fugitivos.

El profesor clavó enérgicamente sus pupilas en las de Godunov. Este fué sacudido de pies a cabeza por un escalofrío.

—Tú les dirás esto, y no perseguirás a los fugitivos. Tal es mi voluntad.

Godunov estremeciése, pero no pudo apartar sus pupilas de los ojos de fuego del profesor, el cual, agarrándole por las muñecas, repitió con tono imperioso.

—¡Tú me obedecerás!

—Te obedeceré —murmuró el paciente.

—¿Qué es lo que vas a hacer?

Godunov repitió con escrupulosa exactitud la orden recibida con todos sus pelos y señales.

—Hazlo —dijo el biólogo levantándose.

Godunov se levantó también, quedándose un momento indeciso en medio de la estancia; y luego dirigióse resueltamente hacia la salida con los ojos fijos en el rostro que tenía delante.

En la habitación contigua encontró a sus hombres, los cuales, alarmados por su ausencia, disponíanse a ir a buscarlo.

Con voz ronca, subrayando mucho las palabras, les repitió la frase sugerida momentos antes por el profesor Guthowsky. Este habíase quedado de pie e inmóvil delante de ellos.

—¿No tiene usted ninguna otra orden que darnos? —dijo un subalterno, extrañado de la imprevista e injustificada resolución.

Pero quedóse asustado ante los ojos fijos y vidriosos y la extraña expresión del rostro de su superior. Y dando la orden de «doble derecha!», desapareció con el pelotón.

Cuando el profesor hubo asegurado de que todos se habían ido, se acercó a Godunov, el cual continuaba inmóvil, lo hizo extender sobre un diván, cerróle los párpados y se retiró a su laboratorio.

Hasta que no llegó la noche no salió de él, encontrando a Godunov siempre echado sobre el diván y en actitud de dormir tranquilamente.

—Levántate y sígueme —le dijo.

Godunov obedeció dócil como un cordero.

El profesor salió de la casa de campo seguido por el capitán como si fuera su sombra.

La noche era sombría, sin luna ni estrellas; sola-

mente la gran extensión de la nieve recogía en su incierta blancura los escasos rayos luminosos de la atmósfera.

El profesor anduvo un poco por el bosque en dirección a San Petersburgo. Cuando le pareció que ya era bastaste, se paró.

—Godunov —dijo en voz alta— ¿me oyes?

—Te oigo.

—Dentro de media hora te despertarás.

—Dentro de media hora me despertaré.

—Olvidarás todo cuanto te ha sucedido desde esta mañana hasta este momento.

—Olvidaré todo cuanto me ha sucedido desde esta mañana hasta este momento —repitió Godunov con voz sepulcral.

—Tomarás el camino de San Petersburgo y volverás a tu alojamiento. A quien te pida cuenta de los fugitivos le responderás que has perdido su pista. ¿Has comprendido?

—He comprendido.

—Esta es mi voluntad.

—Esta es tu voluntad.

El profesor oprimió fuertemente las muñecas del dormido, luego volvió las espaldas y lo dejó solo en medio de la obscuridad del bosque.

XV

Patko.

Al día siguiente estaba en su dormitorio, repasando mentalmente, apenas salió del lecho, los últimos acontecimientos, que habíanle trastornado. Sentíase la cabeza y el cerebro obtuso; como sucedíale siempre que se abandonaba a la orgía en el cuartel y, sin embargo, no recordaba el haberse emborrachado la noche anterior.

¿En dónde había pasado el día y la noche anteriores? Por más esfuerzos que hacía, no lo recordaba; habría jurado que aquel período de tiempo, por un inexplicable prodigio, había borrado de la historia de su vida. Recordaba perfectamente haber partido con un piquete de caballería en dirección a la casa de campo de Guthowsky para apoderarse de Vera y de sus cómplices; pero aquí deteníanse sus recuerdos, no reanudándose hasta el momento en que se encontró de noche en medio de la carretera de San Petersburgo sin poder decir cómo había llegado allí.

Godunov consumía sus energías mentales en inútiles tentativas, sin conseguir avanzar un paso. Desesperado de llegar a realizar su propósito, tembloroso de cólera por el fracaso, debido a aquella crisis de inconsciencia de la que había sido víctima, decidió dirigirse con cautela al oficial subalterno que había acompañado para averiguar algo, sin renunciar a ninguna exigencia de su decoro.

—¿Cuánto tiempo hace que estáis de vuelta?

—preguntó Godunov al oficial en cuanto le tuvo delante.

—En cuanto usted nos despidió, partimos de la casa de campo, y una hora después estábamos en el cuartel.

—¿De la casa de campo?

—Sí, mi capitán. De casa de Guthowsky.

—¿Y... a qué hora les despedí, según usted dice?

—Serían las once de la mañana —respondió el oficial, un poco molesto por el tono de su superior—; aún recuerdo exactamente sus palabras.

—¡Ah, sí! —dijo Godunov con acento de duda.

El oficial repitió al pie de la letra la orden recibida el día anterior.

—¿Y yo le di esa orden?

—Ya lo creo, y todos mis soldados la oyeron lo mismo que yo.

—¡Oh!, no lo pongo en duda —repuso Godunov viendo que el oficial empezaba a amostazarse—. ¿Y cuánto tiempo cree usted que permanecieron en la casa de campo?

—¡Bah! Cerca de una hora... Poco más o menos, todo el tiempo que estuvo usted en el gabinete de aquel sabio loco...

—¿Tanto tiempo estuve? ¡No lo creo! —dijo Godunov fumando su cigarrillo con olímpica indiferencia.

—Tan verdad es como que nosotros temíamos que le hubiera sucedido alguna desgracia, y nos disponíamos a entrar... Pero en aquel mismo momento apareció usted, dándonos la orden de partir...

—¡Ya! Necesitaba estar solo.

—¿Para realizar mejor sus pesquisas?

—Sí.

—¿Y fueron más fructuosas que las nuestras?

Godunov siguió fumando sin responder. Las palabras del oficial no le aclaraban gran cosa del misterio. Sin embargo, había conseguido saber que entró en la casa de campo y luego en un gabinete, en donde probablemente habíase entretenido con el profesor.

—Lo que únicamente siento —continuó el oficial sin preocuparse de aguardar la respuesta—, es el no habernos podido llevar a la cárcel a aquel condenado profesor. Yo quise hablarle; pero usted no estaba de vena de charla, capitán... Me miraba usted con unos ojos, hablaba con una voz, que daba miedo... ¿Ha dejado usted en libertad al profesor, si es que es lícito el preguntárselo? Porque, como usted recordará, le desatamos las manos para que pudiera abrir la puerta del «Apocalipsis».

—¿De qué?

—¡Cáspita! Del misterioso laboratorio sobre cuya puerta campeaba la inscripción bíblica «Apocalipsis».

El teniente, muy satisfecho de la tolerancia de su superior, de ordinario ceñudo y de mal humor, abandonábase a su charlatanería.

Godunov empezaba a comprender. El profesor Guthowsky, evidentemente más brujo que sabio y cómplice de los fugitivos, debía haberle jugado una mala pasada para impedirle que les diese alcance. Ahora ya sabía todo cuanto podía saber.

En este momento le anunciaron al jefe de Policía.

Godunov hizo una seña al oficial y se quedó solo con Kuravief.

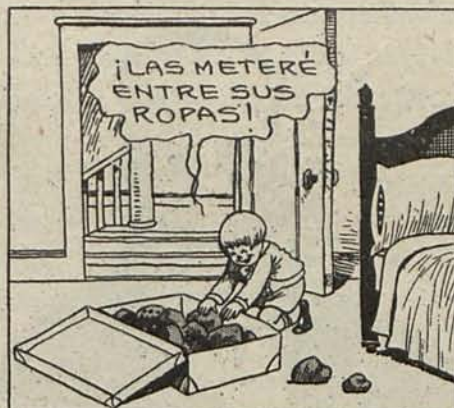
—Bueno, ¿y qué? —le dijo éste—. ¿En dónde están los prisioneros que tú te alababas de entregarme?

Godunov no respondió.

(Continuará en el número próximo.)



COLORÍN y su PANDILLA



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1934,
by The Chicago Tribune

BRANNER



EL PAIRIA WIEL GUZZIERATTE

CUENTO POR E. SALGARÍ

La primera vez que le conocí fué en un banquete celebrado en Bombay, en honor de un negociante enriquecido con el comercio del índigo (añil), una sustancia colorante muy apreciada, que se usa para teñir las telas de lujo.

Jol Hart era entonces un guapo muchacho, pero guapo sólo de estatura, pues era tan alto como un alpino o un artillero de montaña de los Shates de la India y feísimo de cara, sin pelo de barba y con toda la cara surcada de cicatrices profundas, que parecían haber sido producidas por un hierro ardiente o por un ácido corrosivo.

Aquella deformidad, que no debía ser natural, había picado ya varias veces mi curiosidad increíble; pero como no tenía con él suficiente confianza, me guardé bien de preguntarle la causa de aquellas horribles cicatrices.

Habiendo contraído yo con él cierta amistad con motivo de mi partida para China e invitado a visitarle en su casa si algún día pasaba por aquella ciudad, apenas anclamos en el puerto, y catorce años después de aquel memorable banquete, me dispuse a buscar la casa de Jol Hart.

Pudiera darse el caso de que hubiese muerto, y, por lo tanto, apenas desembarqué pregunté a un comerciante genovés si tenía noticias de *El de la cuchillada*, nombre con el que yo había bautizado al inglés.

—Está mejor que usted y que yo —me dijo el co-

merciante sonriendo—. Es más, creo que le dará usted un gran

alegrón con su visita. Varias veces me habló de usted.

—Entonces espero que me dará buena acogida —dije yo.

—Hart es más hospitalario que un árabe y le recibirá muy gustoso. En su mesa siempre hay un puesto para los amigos.

No quise saber más. Pregunté por sus señas y al día siguiente llamaba a la puerta de su jardín.

Jol Hart vivía en las afueras de la población, al línde de un hermoso bosque de bananeros, en un elegante palacete de un solo piso: un *bongaloro*, como llaman en India a esas edificaciones.

Un *sudra*, o sea un criado indio, salió a recibirme y me introdujo en seguida en una salita sencilla, amueblada con algunas sillas de bambú, mecedoras y unas cortinillas muy bonitas de esterillas policromas, colgadas ante las ventanas,

que atenuaban la intensa luz solar.

Apenas entré, vi que también lo hacía Jol Hart.

Había envejecido mucho desde la última vez que lo vi. Las cicatrices que surcaban su frente se habían rehundido aún más; pero, sin embargo, su cuerpo de gigante aún se mantenía bien derecho.

Me acogió como a un antiguo amigo e insistió tanto y con tanta gracia en que me quedase a comer con él, que no pude rehusar hacerle compañía. Aquello era, además, lo que yo deseaba para hacerle hablar luego





y conocer la causa y extrañas circunstancias por las cuales lucía en el rostro, que debió ser hermoso, aquellas cicatrices.

La comida fué poco menos que luculiana. Hicimos honor a los ánades de las lagunas, a los tucanes en salsa verde, a los somorgujos asados, a los variados licóres del país y después encendimos unos excelentes *londres*, mientras hacíamos nuestras confidencias.

Después de haberle contado diversas peripecias de mi viaje, que había sido en exceso molesto, le dije de pronto:

—Señor Hart, ¿tendría inconveniente en decirme, si no le es molesto, las razones y causas por las cuales tiene la cara llena de cicatrices? Perdone mi curiosidad; pero nosotros, gente de mar, gustamos de saber cualquier aventura estrepitosa.

Sonrió, aspiró tres o cuatro bocanadas del humo intensamente perfumado de su *londres*, y, pasándose una mano por la frente, como quien procura despertar antiguos recuerdos, me dijo:

—Voy a ver si logro satisfacer su curiosidad.

Permaneció en silencio unos minutos mientras sorbía, paladeando, una copa de *sherry*, y después dijo:

—Seguramente habrá usted oído hablar de la terrible insurrección de los indios scikiki promovida por Nana Sahib, el hijo de Ditor, que ambicionaba la posesión del trono de India y que urdió una gigantesca trama para echar al mar a todos los ingleses. A la gran calma que reinaba en el Indostán sucedieron días terribles. Las guarniciones de *cipayos*, soliviantadas por Nana, se rebelaron en todas las poblaciones, fusilando a traición a todos los oficiales y suboficiales

ingleses y matando por doquier a los europeos con ferocidad inaudita.

»No perdonaban ni a las mujeres ni a los niños. Los que caían en manos de los insurrectos eran irremisiblemente exterminados y muertos con los más crueles suplicios.

»Yo era entonces comandante de una columna y había recibido orden de recoger en el camino de Cannipore a todos los europeos que intentaban ponerse a salvo de la rebelión dirigiéndose a Benarés, ciudad que había sido mantenida por nosotros a la fuerza y se conservaba fiel a la bandera inglesa.

»Había ya salvado a varias familias europeas, cuando un día, mientras me disponía a atravesar un espeso bosque donde suponíamos podían haberse escondido algunos fugitivos ingleses y franceses, vimos salir de entre un matorral de césped, un muchacho indio, de unos doce años, que corría a nuestro encuentro y me gritaba con fuertes estallidos de sollozos:

»—¡Señor oficial! ¡Salve a mi padre! ¡Ahí lo están martirizando!

»Emocionado por la desesperación de aquel muchacho, ordené a la columna de lanceros que se apease del caballo. Dije que me conmovió, y no oculto que estaba además un poco inquieto, porque los rebeldes indios recurrían con frecuencia a los muchachos para atraer a nuestras columnas volantes hacia emboscadas preparadas, y, para lograrlo, se valían de mil argucias. Fingí, pues, estar encolerizado, y grité al muchacho que seguía llorando abra-

zado a mis rodillas: «¿Qué quieres, traidor? Tú eres un insurrecto y quieres meternos en una emboscada.»

(Continuará en el número próximo.)





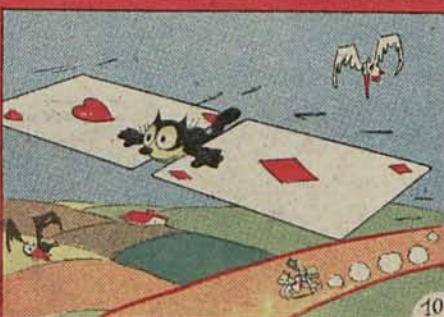
DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

EL REY ZEYN

Castillo

ZEYN era rey en Balsora. Una noche soñó con un venerable anciano, que se adelantó a él diciéndole:

—Si quieres seguir mi consejo, levántate, parte para Egipto y vete a El Cairo, que allí te espera una gran fortuna.

Cuando se despertó fué al cuarto de la reina, su madre, a la que contó cuanto había soñado.

—¿Y serás capaz, hijo mío, de ir a Egipto tan sólo por un sueño?

—¿Y por qué no, señora? El anciano que se me ha aparecido no era sólo respetable por su vejez, sino porque se traslucía en su persona una majestad impresionante. Me siento subyugado por su recuerdo y he decidido seguir su consejo.

Dejó el rey el cuidado de sus reinos a su madre; salió una noche de palacio y tomó el camino de El Cairo, sin permitir que nadie le acompañase. Una vez en El Cairo volvió a soñar con el mismo anciano, que le dijo:

—Estoy muy contento de ti, pues has dado crédito a mis palabras. Vuelve a Balsora, y en tu palacio encontrarás unas riquezas como nunca las ha tenido ningún rey.

Volvió a tomar el camino de su pueblo y soñó por tercera vez con el anciano, que le dijo:

—Ha llegado, por fin, el tiempo de tu prosperidad; mañana, cuando te despiertes, vete a cavar bajo las losas del despacho de tu padre.

En cuanto se despertó se dirigió al despacho de su padre con un azadón y empezó a levantar las baldosas, debajo de las cuales encontró una puerta que ocultaba una escalera de mármol blanco, por la que bajó a un cuarto en el que había diez urnas de porcelana que estaban llenas de oro, plata y piedras preciosas, y en la más pequeña había una llave de oro que utilizó para abrir una puerta que le dio entrada en otro cuarto en el que había ocho estatuas de oro macizo. Lo que más le llamó la atención fué que la octava estatua estaba rodeada de una bandera de raso, en la que había la siguiente inscripción:

«Mi querido hijo: Si quieres encontrar la novena

estatua, vete a El Cairo y pregunta por Mobarec.»

Fué a El Cairo, y, habiéndose presentado a Mobarec, le dijo éste:

—Señor, estoy dispuesto a acceder a vuestros deseos; pero no sabéis los peligros que hay que correr para hacer esa conquista.

—Por grandes que sean —replicó el rey—, estoy resuelto a emprenderla. Peceré o saldré vencedor.

Viendo Mobarec que estaba decidido a partir, llamó a sus criados y les mandó dispusiesen el equipaje, y se pusieron en camino.

Llegaron a la orilla de un gran lago, y Mobarec se sentó en la playa, diciendo al rey:

—El barco encantado del rey de los genios va a venir a pasarnos; pero hay que guardar un profundo silencio, porque si pronunciáis una sola palabra se hundirá el barco bajo las aguas.

Apareció de repente en el lago un barco de madera de sándalo encarnado con una banderola de raso azul; no había dentro de él más que un barquero, cuya cabeza se parecía a la de un elefante, y su cuerpo tenía la forma de un tigre. Habiéndose aproximado el barco al rey y Mobarec, los cogió el barquero con su trompa, los puso en su barco, los pasó al otro lado, los volvió a coger del mismo modo, los dejó en la playa y desapareció.

—Ahora ya podemos hablar —dijo Mobarec—; la isla en que estamos es la del rey de los genios.

Llegaron delante de un palacio construido de esmeraldas finas.

—Detengámonos aquí —dijo Mobarec.

Al mismo tiempo sacó de una bolsa cuatro fajas de tafetán amarillo. Se rodeó la una a la cintura, puso la otra sobre su espalda y dió las otras dos al rey, que hizo el mismo uso de ellas; después de esto, extendió en el suelo dos grandes manteles, por cuyo borde esparció algunas piedras preciosas con almizcle y ámbar. Se sentó sobre uno de aquellos manteles, y Zeyn sobre el otro.

Luego dijo Mobarec al rey:

—Señor, ahora voy a llamar al rey de los genios,





que habita el palacio que tenemos a la vista. Quiera Dios que venga a nosotros sin cólera.

Mobarec comenzó a hacer conjuros. Apenas los hubo concluido, hirió los ojos del rey un prolongado relámpago, al que siguió un terrible trueno. Sintió Zeyn alguna emoción, y comenzaba a sacar de aquel ruido un fatal presagio, cuando pocos instantes después se dejó ver el rey de los genios bajo la forma de un hombre corpulento, y dijo a Zeyn:

—¡Oh, hijo mío! Yo amaba a tu padre: cada vez que venía a tributarme sus respetos le regalaba una estatua, que se llevaba. No te profeso a ti menos amor. Yo obligué a tu padre a que escribiese, algunos días antes de su muerte, lo que has leído en la pieza de raso blanco. Le prometí darte la novena estatua; pero antes es necesario que prometas que volverás a esta isla y me traerás una joven de quince años, que sea perfectamente hermosa, y que te domines de tal manera que no concibas ningún deseo de amarla al conducirla aquí.

Hizo Zeyn la promesa que se le exigía.

—Pero, señor —dijo luego—, suponiendo que sea bastante feliz para encontrar una joven tal como la pedís, ¿cómo podré yo saber que la he encontrado?

—Confieso —respondió el rey de los genios sonriendo— que podías engañarte en las apariencias: no es dado a los hijos de Adán este conocimiento; así, no pienso referirme a tu dictamen sobre este particular. Yo te daré un espejo con el cual no podrás equivocarte. Cuando hayas visto a una joven de quince años perfectamente hermosa, mira tu espejo y verás en él la imagen de aquella joven. La luna se conservará pura y limpia si la joven es la que yo deseo.

Protestó de nuevo el rey Zeyn que cumpliría exactamente su palabra.

—¡Oh, hijo mío!, puedes volverte cuando quieras; he aquí el espejo de que debes servirte.



Zeyn marchó entonces a Bagdad, cuyo príncipe le preguntó si pensaba permanecer mucho tiempo en su corte.

—Permaneceré —le contestó Zeyn— hasta que haya encontrado una joven de quince años perfectamente hermosa.

—Buscáis, sin duda, una cosa bastante rara, y casi os aseguraría que todas las diligencias que practiquéis a ese fin serían completamente inútiles, si no supiese yo

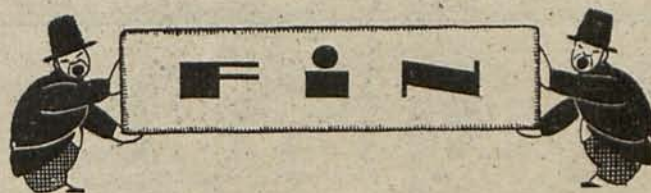
dónde hay una joven que reúne esas circunstancias. —Yo no me casaré con esa joven sin saber antes si me conviene, y, por tanto, es necesario que le vea la cara; no exijo otra cosa para tomar mi determinación.

Condujo el príncipe de Bagdad al rey de Balsora a casa del visir, quien después de saber el nacimiento y designios de Zeyn, le presentó su hija y le mandó quitarse el velo. Jamás se había presentado a los ojos del joven rey de Balsora una tan gran hermosura. Luego sacó el espejo, y la luna se conservó pura y limpia. Casóse Zeyn con ella y tomaron juntos el camino de El Cairo, y luego el de la isla del rey de los genios; al llegar a ella, la joven fue presentada al rey de los genios, quien, después de haberla mirado con atención, dijo a Zeyn:

—Estoy satisfecho; la joven que me has traído es lindísima, y me es muy agradable el esfuerzo que has hecho para cumplir la palabra. Vuelve a tus estados, y, cuando entres en el cuarto subterráneo en que están las ocho estatuas, encontrarás en él la novena que te he prometido.

Dió Zeyn las gracias al rey y tomó el camino de Balsora, en donde dió cuenta de su viaje a la reina, su madre, que se alegró mucho de saber que había obtenido la novena estatua.

El joven rey y su madre bajaron al subterráneo y entraron en el cuarto de las estatuas. Pero, ¡cuál fue su sorpresa cuando, en lugar de una estatua de diamantes, vieron sobre el noveno pedestal una joven perfectamente hermosa, que el rey reconoció ser la misma con la cual se había desposado en Bagdad! Los jóvenes esposos vivieron felices muchos años, y cuando surgía en su reino algún grave problema, Zeyn iba a pedir consejo al rey de los genios, el cual siempre le salvaba de todos los contratiempos, pues sabía que era un rey que hacía la felicidad de sus súbditos.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, mi querido Chonón, ¿de qué quieres que hablemos hoy?

—De una cosa que acabo de leer en un periódico y que me ha dejado confundido del todo, amigo buho.

—Tú dirás.

—Es una noticia espeluznante. Dice que en un mar de Asia ha habido infinitas víctimas a causa de un terrible sifón marítimo. Mi confusión es enorme. Yo no conozco más sifones que los que llevan a mi casa con agua de seltz. ¿Pero es que un sifón de éstos puede causar víctimas? Yo considero a ese cacharro como una cosa absolutamente inofensiva, y, por otra parte, tampoco me explico qué tiene que ver un sifón con el mar.

—Podías haberte ahorrado tanta charla, que sólo ha servido para acusar mas tu ignorancia. Ya puedes comprender, inocente Chonón, que ese artefacto de cristal, ese sifón que figura en muchas mesas, no iba a ser el causante de tanta desgracia. El sifón a que el periódico se refiere es un fenómeno de la naturaleza, como lo es una tormenta, o un arco iris, o un terremoto. Estos sifones se llaman también *mangas* o *trombas*, y son, desde luego, muy peligrosos.

—Pues ya que tan claramente y tan en público me has llamado ignorante, explícame qué cosa es ese sifón y sácame de mis torpes dudas.

—Yo tuve ocasión de presenciar uno de estos fenómenos en un viaje que hice embarcado a América, y aún conservo la tremenda impresión que me produjo. Recuerdo que durante la noche hizo un viento huracanado. El barco era sacudido constantemente con violencia, dando unos bruscos balanceos. Al amanecer había cedido algo la impetuosidad del viento; pero las olas seguían siendo imponentes.

—Tendría todo el mundo de a bordo un miedo muy grande, ¿verdad?

—Todos estaban muy preocupados y todos aparecían dominados por esa inquietud que produce siempre el temor a una catástrofe. A media mañana empezó el horizonte a cubrirse de densos y negros nubarrones, precursores de un chaparrón torrencial.

—Mejor que mejor. Yo he oído siempre que la lluvia calma el oleaje y el viento.

—Así es, en efecto, querido Chonón. Al poco rato estábamos totalmente cubiertos por las nubes y pronto empezó a llover, cayendo gotas tan gruesas como huevos de gorrión. Cesó el viento y las olas calmaron su furia. Se generalizó la lluvia y las nubes descendían poco a poco, aproximándose cada vez más al mar. El capitán del buque, que era hombre práctico y muy conocedor de los fenómenos del mar y del cielo, advirtió a todos que probablemente se formarían algunas mangas o sifones.

—Pasaría el gran pánico. Yo no estuve y, sin embargo, sólo pensarlo me da miedo.

—El miedo no resuelve nada. Ya sabes que te lo he dicho otras veces. El miedo sólo sirve para inutilizar los muchos recursos de que puede disponer el hombre en casos de apuro. Además, en aquella ocasión advirtió el capitán que nada había que temer, pues los sifones no se forman instantáneamente y, por lo tanto, dan tiempo a huir.

—Menos mal. Entonces ya no les tengo miedo tampoco. Ya ves si soy valiente.

—Aquí, sentadito en tu butaca, no le temes a nada. Eres un héroe.

—Bueno, sigue y no me alabes tanto.

—Al poco rato empezó a formarse la manga de agua. A unas tres millas del sitio que ocupaba el buque vimos un lugar donde el agua

se agitaba violentamente, formándose verdaderas montañas de espuma que se revolvían en espesos torbellinos, despidiendo enormes columnas de vapor. Al punto vióse descender, girando rápidamente, una negra nube, en cuyo centro se formó una columna de vapores; el agua del mar, formando también columna, empezó a subir con violencia, y poco después las dos columnas se unieron, dejando oír un ruido sordo y prolongado semejante al del trueno.

—Imponente y admirable a la vez. Después de saber que no te pasó nada a ti ni a ninguno de los que iban en el barco, me hubiese agradado mucho presenciar este espectáculo.

—La columna de agua fué alargándose hasta alcanzar una altura de medio kilómetro.

—¿Y era muy ancha?

—Por su base tendría casi cien metros de diámetro, e iba estrechándose hasta el punto en que se unían la nube y el mar. Allí volvía otra vez a ensancharse, y en la parte superior, que se apoyaba en la nube, su diámetro era igual al de la base. Cuando las dos mangas, la de la nube y la del mar, se unieron, comenzaron a girar vertiginosamente, y entonces se deshizo con rapidez extraordinaria en la dirección Norte, produciendo el ruido de un impetuoso huracán. De pronto se oyó una detonación semejante a un cañonazo, brilló una llamarada en el punto del contacto roto, de donde brotaron relámpagos de vivísima luz, y la manga se separó en dos pedazos, elevándose rápidamente la nube, mientras que la columna de agua, por la acción de la gravedad, se desplomó en forma de monstruosa lluvia, levantando en la superficie del mar blancas montañas de espuma.

—¡Debió de ser cosa magnífica! ¡Qué lástima no haberlo visto yo! Me parece que hasta hubiese tenido valor para verla aún más cerca que tú.

—Entonces ya hubiera sido peligroso.

—¿Por qué, mi querido buho?

—Porque las corrientes de agua y aire que acuden a llenar los vacíos producidos por la manga tienen una fuerza irresistible y arrastran lo que encuentran en su camino. Buques de gran porte han sufrido las consecuencias de atrevimientos imprudentes.

—¿Y a qué se debe este fenómeno tan curioso?

—Al choque de dos vientos contrarios, que producen un torbellino y hace que la nube que se halla en él se condense en forma de cono y atraiga por la fuerza centrífuga de la rotación al agua de la superficie del mar. Este fenómeno va acompañado de una gran tensión eléctrica, que es la que produce los relámpagos. Ya tienes, pues, explicado lo que son *sifones*, *trombas* o *mangas*.

—¿Y sólo se producen en el mar?

—También se realizan en tierra; pero entonces se llaman *mangas de aire*.

—¿Y obedece a las mismas causas?

—Casi a las mismas, sólo que no hay el choque del agua del mar con la nube.

—Y esos relámpagos, ¿a qué son debidos?

—A que la manga, por efecto del calor que desarrolla en su movimiento rotatorio, adquiere un carácter eléctrico, que es el que produce el fenómeno del relampagueo.

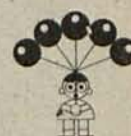
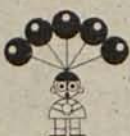
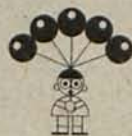
—Me ha encantado saber por tu pico lo que son *mangas* o *sifones*. Ya no tienes motivo para llamarme ignorante. Ya no confundo ese sifón con el del agua de seltz.

—Pues eso era precisamente lo que yo quería.

—Y lo has conseguido.

—Pues, adiós, querido Chonón; hasta otro día.

—Hasta que tú quieras, mi buen buho.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE NOVIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden premios importantes a los mejores trabajos publicados.



Mi hermanito en el baño.
ROSARIO LOSADA.



Cubista.
LUIS VIDAL RIBAS.



Buena patada.
MANOLITO SANCHIS.



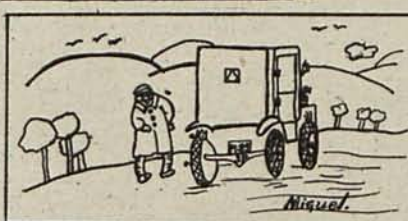
Pollo pera.
LUIS CALLEJA.



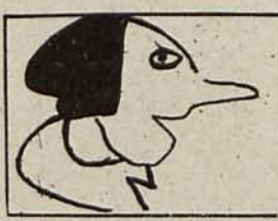
La oropéndola.
SALVADOR P. RIVAS.



Una carabela.
LUIS LAPLANA.



Una «pannes».
MIGUEL ALMIÑANA.



Pinocho.
BALBINO FERNÁNDEZ.



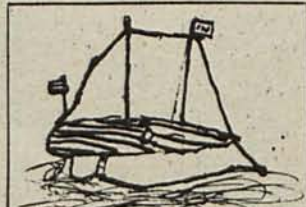
Mi hermana.
FERNANDO BERMÚDEZ.



Don Turú.
FERNANDO PASTRANA.



Dólares.
CRUZ PASTRANA.



El barco de Pinocho.
J. A. ILLERA



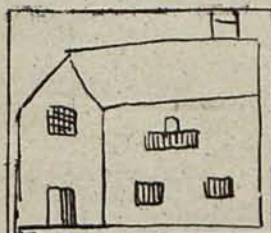
Barca de remos.
F. P.



Una belleza.
ARACELI ALVAREZ.



Cunrrincho, limpiachime-
neas.
J. J. FERNÁNDEZ.



La casa donde veraneamos mi papá
y yo.
ÁNGEL LABORDA.



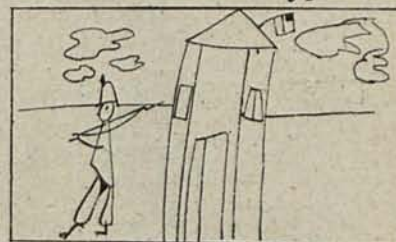
Pierrot.
MERCEDITAS REY.



Viaje de Pinocho a
la luna.
PEDRO ORDUÑA.



Don Turulato.
DANIEL PEREGRÍN.



De centinela.
ESPERANZA D. BADA.



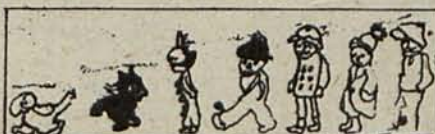
Un boxeador.
MARÍA NIEVES ALONSO.



Mis flores.
FRANCISCO RE-
QUENA.



Un jinete.
M. F. ACEBAL.



Mis amigos más queridos.
MERCEDITAS SANTIAGO.



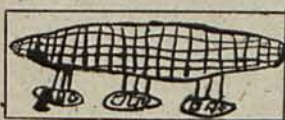
El clásico saludo.
ANÓNIMO.



Un trote.
CARLOS SOLÍS.



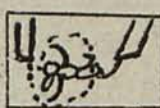
Una pinochista.
J. JARAQUEMA DA.



Un dirigible.
JUAN MANUEL.



Mi perrito.
A. FERNÁNDEZ.



Pinocho en el circo.
P. SERRA



Mi conejito.
ALFONSO FER-
NÁNDEZ.



Mi novia.
ÁNGEL LABOR-
DA.



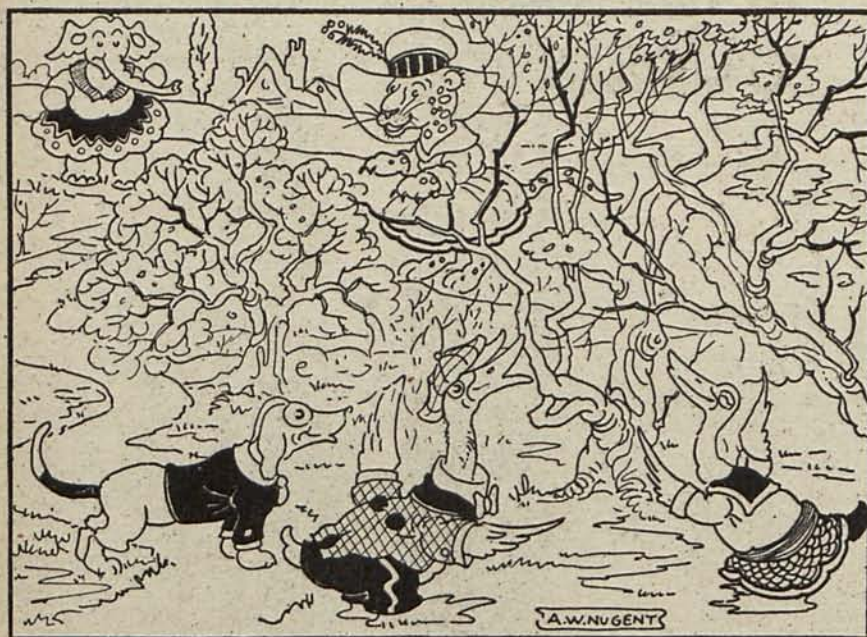
Caricatura.
PEPITA ALVAREZ.



Don Turú.
A. TORIBIO.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE NOVIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)



CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES 194
DE OCTUBRE

Envío del Pinochista D.

LA TORTUGA Y EL RATÓN

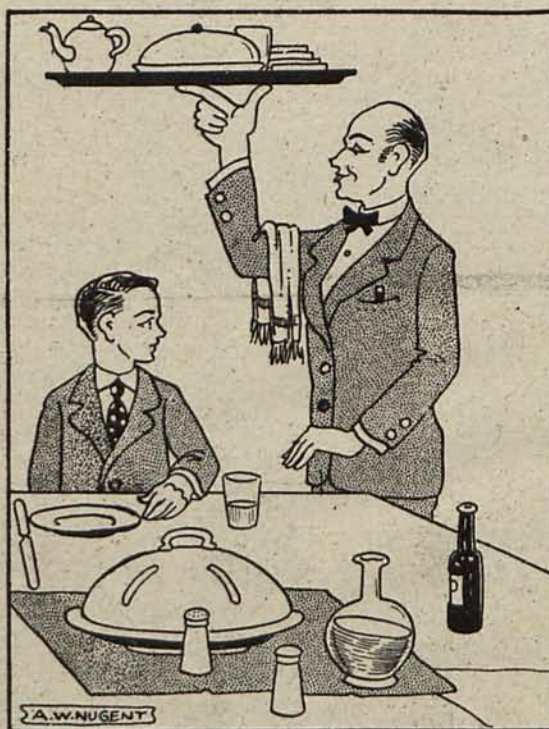
Cuando el señor Leopardo y la señorita Elefante han concurrido a la fiesta que en su honor preparaban el perro y los patos, se han encontrado con que el señorito Ratón y doña Tortuga han puesto pies en Polvorosa y se han escondido entre el ramaje. ¿Sabréis encontrarlos? Yo tengo por seguro que sí.

DE PESCA



Un pelicano, un gato y una foca han ido de pesca y se han encontrado con que les esperaban seis peces: dos para cada uno. Desde la punta de los palitos que llevan los pescadores hay que trazar una línea que vaya a parar a la boca de sus peces respectivos, y estas líneas ni han tocarse, ni han de cruzarse, ni han de tocar en dibujo alguno.

DIBUJO CON ERRORES



Este simpático pinochista que veis sentado a la mesa ha prometido no volver a comer en este restaurant porque dice que todo son errores.

En efecto, hay nada menos que ocho cosas mal. Una de ellas es, por ejemplo, que el camarero lleva los botones de la americana uno blanco y otro negro. ¿Cuáles son los otros?



EN EL NÚMERO PRÓXIMO COMENZAREMOS
LA PUBLICACIÓN DE

¡CATAPLAM! ¡CATAPLUM!

TOMO PRIMERO DE LA INTERESANTÍSIMA Y PRECIOSA
NUEVA SERIE DE CUENTOS DE CALLEJA, TITULADA

B A R B I L O N

CUYOS TOMOS PUBLICADOS (AL PRECIO DE 1,25
CADA UNO) SON LOS SIGUIENTES:

- 1.º ¡Cataplam! ¡Cataplum!
- 2.º El ogro de la selva.
- 3.º La escoba encantada.
- 4.º Barbas verdes.
- 5.º Barbilón, rey de los feos.
- 6.º Malas pulgas.
- 7.º Al-Daba, Al-Dabón y Al-Dabonazo.
- 8.º El Rey Sanseacabó.

CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES - "SERIE BARBILÓN"



Sección Pirula



CHARLAS DE PI- RULA... CUEN- TISTA

La abuelita celebra su santo.—La abuelita se llama Severa, y bien sabe Dios que le cuadra mal el nombre, pues esta abuelita es, de todas las abuelitas del mundo, la más indul-

gente y la menos severa. Como se llama Severa, el santo de la abuelita es pasado mañana; pero, aprovechando el domingo, ha preferido celebrarlo hoy, y, con este motivo, ha reunido en torno suyo a todos sus nietos, ofreciéndoles una fiesta sensacional y una merienda más sensacional todavía.

Ni uno solo de los nietos —y son catorce— ha dejado de traer a la abuelita un obsequio; los chicos le han comprado con sus ahorros

quién un ramo de flores, quién una caja de bombones de chocolate que tanto le gustan —las abuelitas son siempre algo golosas—, quién un libro o una medalla; las chicas le han confeccionado con sus propias manos labores primorosamente copiadas de la sección Pirula, quién un sobre para la servilleta, quién un almohadón, un mantelillo o un cubrelibros.

¡Lo que le han gustado todos estos regalos a la abuelita! ¡Lo que los ha agradecido! Casi juraría que hasta ha llorado de alegría.

Después de la merienda ha reunido a todos sus nietos en torno a su butaca y les ha dicho:

—Me han contado —no importa que sea mi dedo meñique o un pajarillo de alas plateadas ¿verdad?— que ha habido entre vosotros ciertas pequeñas disputas sobre cuál era el regalo que más me ha gustado. Pues bien; yo os aseguro que todos me han encantado por igual; pero si me viera en el caso de elegir...

Reina gran expectación; la abuelita prosigue:

—Si me viera en ese caso... no elegiría ninguno; a propósito de esto, os voy a contar un cuento. ¡Un cuento! ¡Qué buen remate de fiesta! El entusiasmo es general, y la abuelita refiere el cuento de:

La rosa rosa del hada Blanca-Luz

Su Majestad Regina Unica era la más dichosa de las mujeres porque era hada, más que hada, la reina de todas las hadas del mundo. Y aún más que por ser hada y reina de hadas, Regina era dichosa por ser madre del príncipe Lucero, que era un compendio de todas las perfecciones que soñarse puedan.

Ningún niño, por muy príncipe que sea, se vió jamás tan mimado como Lucero, que, desde su nacimiento, veía colmado cualquier deseo suyo antes de expresarlo, puesto que su mamá todo lo podía y además adivinaba los pensamientos.

¿Que Lucero quería dar la vuelta al mundo? En el acto se encontraba cabalgando un gracioso caballito alado que le llevaba con una velocidad de mil kilómetros por minuto, sin fatiga, ni mareo.

¿Que se le antojaba un viaje a la luna? Ya tenía ante él una escala de oro sin fin, por la cual ascendía en un momento hasta nuestra pálida y redonda vecina.

Con levantar un dedo, tenía a sus pies los más maravillosos juguetes, y le bastaba con abrir la boca para que se le llenase de suculentas golosinas.

¿Cuáles serían las cualidades de que la soberana no dotara a su hijo, para que con tanto mimo siguiera siendo bueno, modesto sumiso, valiente, leal, generoso y razonable, tanto como hermoso?

Con tener tantas cualidades y ser además hijo único de la reina, huelga decir que Lucero era el punto de mira de todas las súbditas de su mamá; las hadas, solteras todas, pues en casándose con un mortal perderían su condición de hadas, estaban todas, más o menos enamoradas de él, el príncipe azul, el único ser en el mundo con el cual pudieran desposarse sin dejar de ser hadas.

De suerte que cuando Lucero cumplió los veinte años y Su Majestad Regina Unica anunció su propósito de buscarle una esposa, el revuelo entre las hadas fué tremendo.

La reina las llamó a todas a su palacio de cristal y platino, y les dijo:

—Queridas y bellas hijas mías: sólo una de vosotros, como sabéis, puede parecerme digna de casarse con el príncipe Lucero; la elección se me antoja difícilísima, ya que todas me parecéis encantadoras por igual. He resuelto, pues, conceder el honor de ser mi nuera a la que acierte a descubrir o inventar

la maravilla más extraordinaria. Buscad, pensad, trabajad, meditad. Dentro de un año, acudid todas aquí a traerme el resultado de vuestras pesquisas; entonces elegiré la que haya de ser esposa de mi Lucero.

Todas las hadas se retiraron alborotadísimas, cuchicheando y comentando el suceso.

Y, desde aquel día, estuvieron tan ocupadas en buscar o crear cosas extraordinarias, que se olvidaron por completo de los asuntos de los hombres; y así aquel año el mundo fué casi tan desdichado como ahora en que las hadas han desaparecido por completo.

Y digo «casi», porque hubo una que no nos olvidó.

El hada Blanca-Luz, la más sencilla, la más dulce, acaso la

más modesta de todas, se había enamorado de veras de Lucero, y al salir del palacio real estaba resuelta a hacer lo imposible para merecer su mano y a consagrarse a ello, durante un año, en cuerpo y alma.

Pero en esto se encontró a un pobre viejo que lloraba en el camino, medio muerto de frío, de hambre y de abandono. Blanca-Luz no vaciló:

—Después de todo —pensó— este asunto sólo me restará un día; aún me quedarán trescientos sesenta y cuatro para dedicarme a lo mío.

Y consagró aquel primer día a inventar una bolsita mágica que había de estar siempre llena de oro, y se la regaló al anciano, que pudo así comprarse una casita que cobijara su vejez, comida suficiente, ropa de abrigo, y un perro que le hiciese compañía, viviendo así feliz hasta el término de su vida. A cambio de todo ello, el hada le pidió una lágrima, que guardó en una regadera de plata.

Al levantarse, al día siguiente, Blanca-Luz tuvo noticia, por su paloma confidente...

(Aunque la abuelita Severa refirió todo el cuento en la misma tarde, yo no tengo más remedio que partirlo en dos; os lo acabaré de contar el domingo que viene.)

